

resuelta en constantes e ineluctables sacrificios; pómulos saltantes sobre mejillas desmedradas por fatigas y privaciones, insomnios y martirios; negros y rasgados ojos, llameantes en su negrura sepulcral, como en la oscuridad de la noche las rojas fauces del Coto-paxi o del Ubinas; perfil greco y dentadura marfirina; cutis entenebrecido por el candente beso del sol y por los aletazos de los vientos caribes: delgada pero férrea contextura que, aunque férrea, es ágil, flexible, infatigable; estatura menos que mediana, como la de un Thiers o un Bonaparte; pies y manos femeniles; voz aguda, pungente, si bien ronca y gutural al hervidero de la ira o al ímpetu de la inspiración.

Tal la envoltura exterior del más portentoso caudillo dado a luz por nuestra América; tal el albergue de aquel genio diamantino, diversificado en multitud de aristas y facetas deslumbradoras.

Naturaleza, a la par de artista y de luchador. Pasión exhuberante. Actividad abrumadora. Coraje supremo, temerario,—que así escala los témpanos del Chimborazo, como da un salto aquilino sobre las vorágines del Tequendama—coraje que, en los campos de La Puerta, le impele a arrojar su estandarte a las opuestas filas, para dispararse él mismo a rescatarlo, ante sus tropas renuentes o hesitantes; y así imponerles la victoria con el horror de una vergüenza y la rabia de salvar su bandera a toda costa; coraje que, en presencia de aquel espectáculo, hace exclamar a Rooke, el inglés denodado y sereno: *O ese hombre busca la muerte o ha perdido la razón.* Justicia insospechable, pero presta a tornarse en inflexible, hallándose de por medio la razón de Estado, y más que todo, si la patria está en peligro; que decreta la guerra a muerte, y la cumple; que elimina a un Piar y un Vinoni, a un Berindoaga, y un Padilla; y hunde en ergástula avérnica al preclaro Santander; y sin embargo, gran potencia sugestora, verdadera red de seducción, que, si en sus tenientes provoca la sumisión absoluta, ciega, en sus enemigos despierta el terror de su presencia y el ansia de huir a sus llamamientos porque «cara a cara es irresistible». Espíritu dominador, inclinado al exclusivismo monopolista y ególatra, en la honda convicción de su propio valer; y, no obstante, idólatra del mérito extraño, y abierto dispensador de su alabanza; el primero en ensalzar las acciones y virtudes de sus subalternos, porque, el mejor de los mejores, no conoce las negras angustias de la envidia. Carácter autoritario—monócrata como se ha dicho—porque se siente superior, a todos, sólo y único capaz de organizar debidamente su obra y de enfrenar la anarquía y el desorden;

pero no monarquista, porque, aunque se le invita a ceñirse una corona, no quiere degradar su título de Libertador, «el más grande, dice, recibido por el orgullo humano». Propensión al lujo y al brillo, al fausto y la teatralidad, porque son la exteriorización de la fama, de la gloria, su pasión suprema. Patriotismo insuperable, abnegación sin límites, que derrocha sus bienes y los agota en servicio de la patria; que manumite a sus esclavos, para dar la ley con la palabra y con el ejemplo;

De Leopoldo Lugones al Sr. Encargado de Negocios de México en Francia

Hotel Astoria, rue Royale,
Bruxelles. Agosto de 1921.

Mi querido amigo:

CON verdadera pena tengo que ratificarle los términos de mi despacho de hoy. Inconvenientes insalvables se oponen al viaje que con tanta gentileza nos ofrece el Gobierno mexicano, sin contar la de usted, que también mucho nos obliga, y sólo nos queda el recurso de deplorarlo profundamente.

Participar al menos con mi sincero entusiasmo en el centenario de su—permítame que diga *nuestro*—México, habría sido para mí un acontecimiento culminante en la vida, y créame que hubiera sabido alzar mi grito patriótico a la debida altura para celebrar con mi—¡VIVA MÉXICO!—, una fecha augusta de la común redención.

Es decirle lo que me cuesta el nó, siquiera sea una expresión de deberes ineludibles y lo profundo de la gratitud que en mi nombre y en el de mi esposa manifiesto por su digna agencia al Gobierno del país hermano. Como nunca hermano en la ocasión.

Le estrecha cordialmente la mano su amigo,

L. LUGONES

*Sr. don Rodolfo Nervo,
etc., etc., etc., París*

que distribuye sus haberes entre jefes y soldados en miseria, y vende hasta las medallas y coronas tributadas a sus triunfos, para auxilio de las viudas y los huérfanos de sus jefes, caídos en el campo de la lid, o para la instauración y sostenimiento de escuelas públicas suficientes en la tierra de su cuna, en su Caracas. Tenacidad inverosímil, que, aniquilado y traicionado tantas veces; proscrito, mísero, desamparado; blanco del puñal y de la calumnia, y ultrajado por sus mismos subalternos, lo hace, nuevo Anteo, resurgir de la nada e imponerse a sus rivales y enemigos. Fe inagotable que, en plena derrota y total ruina, muévele a forjarse éxitos y glorias, con

burla y asombro de quienes le rodean; y que, en los Toros, Casacoima y Pativilca—en Pativilca, donde es un esqueleto poco menos que moribundo—le halaga todavía con la evidencia del próximo definitivo triunfo. Vida pujante, actividad frenética, que no caben en el radio mezquino de su investidura carnal; que desfogan en arranques de locura aparente, en extravagantes delirios y sueños, en vigilia plena, como aquellos que, a las márgenes del Guayas, sorprendió atónito en él el prócer Villamil; con horas, como las de Byron, de alucinación y éxito divino en ocasiones, y en ocasiones de angustia y desfallecimiento, de negación y hastío. Hipólogo exímio, sin más rival que Páez; primero en toda especie de deportes; lector asiduo, erudito en toda clase de conocimientos; causeur inimitable, por lo multiplicado de sus recuerdos y aventuras, y lo dilatado de sus viajes y expediciones; y, con todo esto y sobre todo esto, estadista y legislador, orador máximo, razonador excelso, sublime prosador, por pocos igualado, y menos superado, en facilidad y en elocuencia.

Esta última—lo sabemos todos—resplandece, inconfundible, singular, en sus cartas, discursos y proclamas, que con justicia, hanse calificado de modelos.

Palpita, en las primeras, un alma a la vez sencilla y magna, que recorre la gama de todos los sentimientos, desde la llaneza hasta la sublimidad, desde la ironía hasta la cólera, desde la ternura hasta el sollozo, según el estado de su ánimo y la marcha de los acontecimientos.

Sus discursos, hablados o escritos,—ora austeros y sobrios en los actos oficiales, ora caudalosos y ardientes en los momentos de entusiasmo y endiosamiento—corren todos borbotantes con chispeos de luz y ráfagas de incendio.

Sus proclamas, que no ceden a las de Bonaparte, son únicas en América. Ellas le hacen la idolatría de sus tropas. A caballo, sombrero en mano, la espada desnuda, recorriendo las filas, tal como lo representa esta estatua, es un transfigurado, un exaltador. Su dicción, en estos instantes, es vibrante, abrasadora, rápida, rotunda, grandilocuente; torrente de amenazas y estímulos; sacudiente de nervios y de razones; profecía de éxito y de gloria.

Alguien ha dicho que «hizo la independencia con la lengua». Su verbo le dió tanta victoria como su espada. Con él redujo al rebelde y traidor Bianchi; doblegó a su rivales en Haití; sedujo en Santa Ana a Morillo, y, a las faldas del Misti, hizo saltar a O'Higgins de su asiento, para proclamarle, a voz en